

El autor penetra con profunda intuición en la ideología marxista y llega a la conclusión de que el marxismo, en medio de errores radicales, de métodos de actuar muchas veces inaceptables, ha dicho algo verdadero: fundamentalmente ha dicho que hay que tomar al hombre en serio y además que se puede pecar y se ha pecado contra el hombre.

D i á l o g o

c o n e /

Marxismo

Introducción.

Sin sentar plaza de ilusos y creer que el diálogo con el marxismo sea cosa fácil, cabe preguntarse el por qué del triunfo del marxismo. Y para contestar a esta interrogante de algún modo, hace falta dialogar con él.

Porque nos guste o no nos guste, el marxismo vive con nosotros. Y si no sabemos qué futuro le espera, sí sabemos cuál ha sido su pasado y cómo es su presente. Por eso debemos preguntarnos en serio alguna vez, —y esto es ya el comienzo del diálogo— qué es lo que a mí, cristiano, me dice este movimiento marxista que ha cambiado parte de la Historia contemporánea.

La respuesta no debe ser apresurada. Ni basta con que el cristiano liquide el asunto con la afirmación simplista de que no hay nada que buscar en un sistema ateo, que ha cometido tantos crímenes y ha perseguido tanto a toda religión.

Aunque esto último es básicamente cierto, no por ello hacemos justicia al comunismo si lo enfocamos de esta forma. Del mismo modo que nos irritaría a nosotros, como cristianos, que un comunista juzgara al cristianismo sólo porque este patrocinó gue-

rras sangrientas de cruzada, permitió la inquisición, fue lento en admitir el progreso científico o las nuevas realidades sociológicas.

Estos hechos externos, por muy reales y dolorosos que sean en ambos bandos, no son los que dan el significado del cristianismo o del comunismo, los que explican su entronque y duración en la Historia.

Cuando un sistema de vida, un sistema, arraiga hondo en la Historia no se le puede despachar sencillamente con una serie de argumentos "ad hominem". Si es que ha arraigado en la Historia, es porque ha penetrado en algo vital al hombre.

Con esto no se dice naturalmente que todo movimiento histórico fuerte es por sí mismo bueno y verdadero. Lo que se afirma es que no puede haber un gran movimiento sin que defienda o fomente "algo" —digo "algo" y no "todo"— que encuentre eco en lo más profundo del hombre. Porque un movimiento que de verdad no evoca nada humano no puede arraigar, y todo movimiento histórico considerable tiene que estar basado por lo menos en un germen de verdad.

Desde este punto de vista quiero considerar al comunismo, al

que admito como uno de esos fenómenos fuertes de la Historia. Con esto quiero decir que no me voy a fijar en su sistema económico socialista, aunque Marx llame a la economía la infraestructura de la sociedad, ni en sus avances científicos, ni siquiera en su filosofía científica.

Estas cosas son importantes, estas cosas son las que más impresionan al hombre de la calle, pero en el fondo son todavía demasiado superficiales para explicar la esencia del comunismo, y no llegan al fondo del hombre.

Personalmente no creo que haya ningún marxista convencido —sea cual sea el número de marxistas convencidos— que ponga en juego toda su vida por una idea de este tipo, económica o sociológica. Si hay marxistas convencidos es porque el marxismo ha dicho algo profundo y serio sobre el hombre y, repito, no sobre lo superficial del hombre, sino sobre lo profundo, lo misterioso, lo eternamente interrogante en el hombre.

* * *

**El Misterio de Dios y el
Misterio del Pecado.**

En general se puede decir que el hombre se mueve entre dos

abismos, dos absolutos que le llaman con fuerza incontenible, dos dimensiones radicales de su existencia que no puede ignorar. Estas dos dimensiones son de signo contrario.

Por una parte un misterio luminoso, una llamada al hombre auténtico, un ansia de absoluto que no se sacia con nada de lo que se ve y se oye, un dinamismo a coincidir consigo mismo, a no estar dividido, a ser plenamente hombre.

Por otra parte está el misterio de oscuridad, la división interna, la impotencia de hacer el bien que se desea, el sentimiento del fracaso total, la llamada hacia el absurdo y la muerte.

Un cristiano podría describir estos fenómenos con dos sencillas palabras: el misterio de Dios y el misterio del pecado. Estas dos realidades, Dios y el pecado, no hay que tomarlas a la ligera, como definiciones fáciles e inofensivas, sabidas de antemano. Se sepa o no en un nivel consciente, nuestra existencia está polarizada ahí. Por eso, si el marxismo ha arraigado en el hombre es porque tiene algo que decir sobre Dios y el pecado. El marxismo naturalmente lo llamará de otra manera, pero su mística vital va enfocada a dar respuesta a estas dos interrogantes.

Por eso no hay que extrañarse que hoy en día los teóricos del marxismo ya no se fijan tanto en el Marx de la Economía, sino en el Marx que ofrece al hombre una visión del mundo que lo penetra hasta lo más profundo. En este sentido se ha comparado la estructura del marxismo con la estructura de la religión —es decir como demanda total al hombre— y sobre todo con la religión cristiana.

Marxismo y Cristianismo.

Cristo empezó su vida pública con estas palabras: "El reino de Dios se acerca; convertíos y haced penitencia".

Este programa lo va a copiar el marxismo. Ofrece una meta:

la sociedad comunista. Y exige una "conversión": desvestirse del hombre alienado, hacer la revolución comunista.

El marxismo, por mucho que se ufane de ser una filosofía científica, es en el fondo una filosofía de "salvación", es una "buena nueva" dirigida al hombre concreto para librarte de su miseria.

Por ser un fenómeno histórico fuerte y por tener una estructura religiosa, el marxismo se presta a que se le compare con el cristianismo. Esta comparación la haremos considerando lo que dice el marxismo sobre los dos polos de la existencia humana de que hablamos antes, y considerando qué tiene que decir el marxismo al cristiano:

Este último punto puede extrañar y escandalizar, como si el marxismo ateo tuviese algo que decir al cristianismo. Sin embargo es un escándalo injustificado en el cristiano, pues precisamente por ser cristianos sabemos que en el plan salvífico de Dios "toda realidad humana" juega un papel; sabemos que la Iglesia es la servidora de los pueblos, no su dominadora, y el primer acto de auténtico servicio es reconocer lo que pueda haber de valioso en "los pueblos".

Además el que ha estudiado la Historia ha visto cómo el pueblo de Dios en el Antiguo Testamento y la Iglesia de Cristo en el Nuevo Testamento se han empobrecido cuando han mirado a las naciones con crítica dura y unilateral, cuando han juzgado a la Iglesia como ya reinante, siendo así que los cristianos somos todavía peregrinos, sujetos a miseria y cerrazón, aunque poseamos la palabra de Dios. También sabe que la Iglesia se ha enriquecido cuando la Iglesia ha mirado a las naciones, crítica sí, pero abierta y humildemente.

Siempre ha sido una tentación del cristianismo hacer caso omiso de la Historia, como si el cristiano no fuera un hombre histórico, con las limitaciones que eso implica.

Nuestro destino es ciertamente coronar la Historia transcendién-

dola, pero eso lo podemos hacer sólo desde dentro de esa misma Historia. Si dejamos de consultar a la Historia no sólo romperemos el diálogo con aquellos a quienes estamos destinados a servir, sino que perdemos la verdadera perspectiva de lo que somos, pues nos privamos de un equilibrio cristiano, uno de cuyos componentes es el roce de la Historia, y nos aislamos en una falsa inercia de hombres "ya" salvados.

Por qué es ateo el Marxismo.

¿Qué dice el marxismo sobre Dios, sobre el absoluto positivo? Responder que el marxismo es ateo es cierto, pero no nos lleva muy lejos.

La pregunta se puede plantear mejor de esta manera: ¿por qué es ateo el marxismo?

Marx es heredero de la filosofía alemana del s. XIX. Con Kant comenzó un proceso filosófico de divinización del hombre, que Hegel más tarde formuló de esta manera: "Nuestro problema es participar en esta redención dejando de un lado nuestra subjetividad inmediata (desvistiéndonos del viejo Adán) y llegando a conocer a Dios como a mí yo verdadero y esencial".

Feuerbach, discípulo de Hegel, afirma que Dios no es más que una proyección al exterior de la verdadera realidad divina que es el hombre. Marx hereda estas ideas y aunque las va a retocar —va a cambiar la dialéctica hegeliana del espíritu por la dialéctica de la materia—, lo profundo del problema, la divinización del hombre y el ateísmo en consecuencia, lo acepta sin protestar. El ateísmo es para Marx un regalo de nacimiento, en frase de Calvez, que jamás lo pondrá en duda.

El marxismo como mero ateísmo no tiene mucho que decir al cristianismo. Lo importante es que Marx es ateo "porque" cree en la divinidad del hombre. Cree en el hombre como absoluto, cree que el hombre es el único dios digno del servicio del hombre.

Esta afirmación básica y fundamental, común a casi todo el ateísmo occidental de nuestros días, es de importancia para el cristiano.

El ateísmo de Marx no se basa en lo negativo de la no existencia de Dios, sino en lo positivo de la existencia del hombre.

* * *

Divinización marxista del hombre y divinización cristiana.

Y aquí empieza el diálogo con el marxismo.

Si queremos defender a Dios a costa del hombre, sabemos de antemano no sólo que no podemos dialogar con el marxismo, sino que no entendemos nuestra propia religión, nuestro propio Dios trascendente.

Marx elige a Prometeo, el que robó el fuego de los dioses, como un símbolo, y con esto está recalando una verdad cristiana fundamental; aunque en Marx naturalmente esté desorbitada: la verdad de que "el hombre tiene el fuego de la divinidad".

Lo que el cristiano ha oído tantas veces de que el hombre es imagen de Dios, que el Dios vivo habita en él, vive en él, que el hombre es en definitiva de algún modo divino, es la primera afirmación que Marx establece trágicamente.

La gran diferencia, la tensión radical que hace imposible un diálogo con el marxismo en este nivel, es que para Marx, Prometeo ha robado el fuego de los dioses, el hombre se ha hecho Dios a costa de Dios; mientras que en el cristianismo el hombre posee la divinidad no porque la "roba", sino porque le ha sido concedida como un regalo, "graciosa", que es lo que en el fondo queremos decir cuando hablamos de la "gracia".

El cristiano afirma que el hombre sólo es absoluto cuando vive en el absoluto de Dios. Esta "unión con Dios" es típica de todas las religiones, pues es una respuesta a una necesidad del hombre, no sólo sicológica sino metafísica.

El marxismo reconoce esa misma exigencia del hombre hacia la unión con la divinidad, pero esta unión la consigue absorbiendo a la divinidad, asimilándola, de modo que la divinidad ya no nos asusta, la hemos acallado, está definitivamente a nuestro lado, porque en último término la divinidad somos nosotros.

La divinización marxista del hombre toca también otro punto cristiano vital. En el cristianismo no es el hombre el que se ha hecho Dios, sino Dios el que se ha hecho hombre. Y en un sentido radical esto es lo que dice el dogma de la encarnación.

Pero este dogma presenta exigencias terribles, pues dice nada más y nada menos que ese Absoluto, del que no puede prescindir ningún hombre, no es la llamada a una mística panteísta, o a una mística de la historia, del absurdo, o del hombre.

Panteísmo, Historia, Absurdo, Hombre, son términos "generales" que no asustan tanto al hombre, pues el hombre concreto es superior a las realidades generales. La exigencia de la encarnación es sencillamente que el Dios absoluto se ha hecho hombre y se ha hecho concreto en la carne de un hombre, de modo que el hombre tiene que ir a lo absoluto a través de la carne de un hombre. Y esto sí es exigencia.

Es muy interesante observar cómo en los países materialistas de Occidente muchos no creyentes, pero hombres de inquietud religiosa, se vuelven a las religiones del Oriente, donde el hombre se pierde en el Uno, el Todo o la Nada. Lo difícil para el hombre es perderse en lo absoluto de una persona concreta, de un Dios que exige que vayamos a El a través de una persona concreta: Jesús de Nazaret.

En este punto el marxismo y el cristianismo se separan radicalmente.

El marxismo, a pesar de su divinización del hombre, se queda en una mística vaga, nebulosa; no ofrece un centro hacia el cual van las energías más profundas del

corazón del hombre. El marxismo es en el nivel intelectual una ideología y no una fe.

El marxismo cree en el hombre, pero el cristiano cree en "un" hombre, Cristo Jesús. Y "este" hombre es el principio y fin, creador, juez y consumador. Este hombre es el que nos habla a cada uno de nosotros personalmente y al que se le responde no llamándole Historia, Absoluto, Hombre, sino con su nombre concreto, Cristo Jesús. Por eso el cristianismo es una fe. La fe en sentido estricto no se tiene con respecto a la Historia, el progreso o la humanidad, sino sólo con respecto a personas concretas. La persona de Cristo es el absoluto, el Tú, bajo cuya mirada somos y nos movemos.

Resumiendo: el marxismo capta la dimensión cristiana de la divinización del hombre por la gracia, aunque naturalmente le de otro sentido, pero olvida otra verdad cristiana más fundamental: que esa gracia no la hemos conseguido nosotros, como Prometeo, sino que se nos ha sido dada; en otras palabras, que no es el hombre el que se ha hecho Dios, sino que Dios se ha abajado al hombre en la encarnación, y en ese abajarse el absoluto se hace concreto y por tanto "escándalo" para el hombre.

La religión necesidad del hombre y la religión llamado de Dios

Si se ha comprendido lo dicho hasta ahora no hay que extrañarse que el marxismo critique la religión, tanto desde un punto de vista intelectual, como en los "slogans" políticos. Si el hombre es divino, "es el hombre el que hace la religión y no la religión al hombre". Este es el origen metafísico de la religión, por así decirlo.

Esta breve frase sin embargo se vió explicada trágicamente, no sólo por la filosofía del siglo XIX sino por las condiciones sociales y económicas de la época de Marx, y por eso nos puede dar Marx en su célebre frase el origen socio-lógico y psicológico de la religión:

"La miseria religiosa es, por una parte, la expresión de la mi-

sería real y, por otra, la protesta contra la miseria. La religión es el suspiro de la creatura oprimida, el alma de un mundo sin corazón, el espíritu de un estado de cosas privado de espíritu. La religión es el opio del pueblo".

El lector cristiano puede descubrir en seguida el fallo de este análisis: la religión no es una necesidad meramente psicológica, sino la respuesta a una llamada libre de Dios, que se nos ha revelado en Jesucristo. El Dios libre nos ha llamado a su amistad y en la posibilidad de responder a esa amistad se fundamenta la religión.

Como el marxismo no ha visto este punto fundamental, su crítica a la religión no puede ser tampoco fundamental. Sin embargo eso no es ningún consuelo para el cristiano. Porque, aun admitiendo que la crítica de Marx es fundamentalmente incompleta, ¿no puede haber en ella algo de verdad? La crítica de Marx no tiene lugar contra una religión cristiana idealmente vivida, pero tiene "algo" que decir a la vida cristiana como se vive realmente?

Esa crítica aprovechable del marxismo se reduce para mí en esta fórmula: La religión nunca puede ser un refugio en favor de Dios en contra del hombre como la anti-religión de Marx sería un refugio en favor del hombre en contra de Dios. Marx ha descubierto este posible fallo, posible peligro de la comprensión de la religión —y la Historia nos demuestra que más de una vez hemos pasado de la "posibilidad" a la "realidad"— y lo ha criticado con dureza. Al hacerlo se ha basado en parte en una miopía metafísica al no comprender a fondo el fenómeno religioso, pero se ha basado también en una intuición profunda de lo que es lo divino en el hombre. Para Marx la religión es una verdadera idolatría y "por eso" es una degradación del hombre.

Marx nos recuerda a los cristianos que nos hemos olvidado del hombre.

Por no haber comprendido Marx en profundidad el fenómeno

religioso, nada tiene que decir al cristianismo. Pero sin saberlo quizás, ha tocado un punto vital verdaderamente cristiano: la religión cristiana es la religión de Cristo; y esto en el sentido de que es una religión predicada por Cristo, y una religión que tiene como centro a Cristo.

Y aquí se nos revela de nuevo el misterio de Cristo. En su predicación Cristo nos dice que nuestra relación con Dios —nuestra religión— es una relación de amor: "Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas". Y ese amor a Dios, esa primera y fundamental exigencia religiosa, no puede existir sin que el hombre tenga una actitud también ante los hombres: "El segundo es semejante al primero, amarás al prójimo como a tí mismo". El evangelista Juan planteó el mismo problema con estas palabras gráficas: "Si no amas al hombre a quien ves, ¿cómo vas a amar a Dios a quien no ves?". Es decir, la religión cristiana es imposible si se separan las dos actitudes para con Dios y para con el prójimo.

Además se trata aquí no sólo de la predicación de Cristo, sino del misterio de su misma persona. Cristo es Dios, y por eso toda religión cristiana tiene que tener esta dimensión vertical hacia Dios. Pero Cristo es también hombre y "solidarizado" con los hombres, y por esta razón es imposible tener una auténtica relación religiosa con Cristo ignorando ese aspecto de solidarización humana de Jesús.

Inconscientemente, Marx ha denunciado el peligro de un cristianismo sin solidarización humana. Marx no nos ofrece una solución a nuestra comprensión del cristianismo, pero sí nos hace una pregunta seria sobre lo que el cristianismo piensa de Cristo. Ya desde el principio del cristianismo hubo varias herejías que negaron unas la divinidad, otras la humanidad de Cristo. Y el mero hecho de la existencia de estas herejías nos debe poner en guardia contra este peligro natural de dividir a Cristo, para quedarnos o con el Dios o con el hombre.

Los primeros concilios resolvieron teológicamente este problema, pero el eco de esta problemática resuena siempre en la concepción práctica de la religión cristiana. ¡No debemos decir con sinceridad que nuestra religión ha sido muchas veces unilateral, vertical, y nos hemos olvidado del hombre? ¡No hemos dado ningún motivo para que se pudiera llegar a decir que la religión es el opio del pueblo?

Como he dicho antes, Marx no nos presenta ninguna solución al problema de lo que es la religión cristiana, pero sí nos presenta un desafío. No es un desafío a reducir como el marxismo la religión a un mero nivel humano, de hombre a hombre, pues todo verdadero amor humano tiene que estar enraizado, se sepa o no, en un amor transcendente a Dios. Pero es un desafío en definitiva a unir los dos aspectos de la religión cristiana, a descubrir cada vez más el misterio de Cristo en su unidad de Hombre y Dios. Y es muy significativo el hecho de que hoy existe en la Iglesia Católica un movimiento, simbolizado en el Vaticano II, que busca integrar más lo humano y lo divino en nuestra religión, movimiento que es una invitación a plantearnos el cristianismo en el presente.

Para llegar a este presente han intervenido muchos factores, pero uno de ellos ha sido indudablemente la crítica marxista. Sin saberlo, el marxismo nos ha llamado a no dividir a Cristo, a no desgarrarlo, sino a aceptarlo todo entero, Dios y Hombre, y a vivir la religión, y consecuentemente la religión cristiana.

El pecado en el cristianismo.

Ya hemos visto brevemente que cuando Marx se fija en lo "positivo" del hombre tiene intuiciones parciales sobre la grandeza y lo absoluto del hombre. En el cristianismo esto es lo que queremos decir con el aserto fundamental: el hombre es imagen de Dios.

Pero el hombre tiene también su lado oscuro y todo pensamiento fuerte tiene que tomar postura ante este lado oscuro; si no lo

hace, no llega a lo profundo del hombre. A este lado oscuro lo hemos llamado pecado.

El pecado no hay que concebirlo meramente como algo jurídico o moralista, como si se tratase meramente de quebrantar una ley, a la que sigue una sanción; tampoco se le puede dejar en un plano meramente natural como Aristóteles, para quien el pecado sería un mero "fallo" del hombre, como puede fallar en sus aficiones deportivas o artísticas.

El pecado, como realidad admitida en el cristianismo y en el marxismo, es algo mucho más serio. El pecado describe por una parte la impotencia del hombre de obrar el bien, y por otra parte el sentimiento de fracaso total, de un derrumbamiento interior, por el que el hombre se divide de sí mismo, de la sociedad, y —en el cristianismo— también y fundamentalmente, de Dios.

En el cristianismo se ha concebido el pecado generalmente como una "ofensa a Dios". Detrás de estas palabras, que la rutina ha trivializado, se encuentra la idea de que Dios es en último término el que nos está llamando interiormente a hacer esto o lo otro, pero no como unos autómatas, sujetos a una ley fría, sino como personas. El decir "no" a nuestra voz interior es decir "no" a una persona. Y porque esa persona es el Dios absoluto, al pecar nos sentimos frustrados absolutamente como personas.

Como Dios no es solamente nuestro amigo con quien podemos entrar en amistad libremente sino también nuestro creador, la llamada interior la sentimos como una llamada a la responsabilidad y a la obligación que no podemos evadir. De ahí el haber asociado el no pecar con el guardar ciertas obligaciones. Estas las hemos dividido los cristianos en dos tipos: obligaciones para con Dios, los tres primeros mandamientos, y obligaciones para con el prójimo, los otros siete.

En las primeras páginas de la Biblia se narran ya estos dos tipos de pecado. En el pecado de

Adán y Eva se ve la rebelión a Dios, el comer de la fruta prohibida, el querer conocer el bien y el mal, el querer ser como Dios. En el segundo pecado descrito por la Biblia se cuenta la muerte de Abel a manos de su hermano Caín, se ve la ruptura con el hombre.

El pecado en el marxismo.

En el marxismo hay un paralelo a estos dos tipos de pecados.

Consecuentemente con lo que hemos dicho hasta ahora, el pecado contra Dios, se convierte en el marxismo en el pecado contra mí mismo. Es lo que Marx llama la alienación, es decir, el renunciar a la dignidad propia del hombre, para someterse a estructuras que le rebajan, como serían el Estado, la religión. Parafraseando al Génesis podemos decir que la esencia del pecado marxista es "no querer ser como Dios".

Por lo que toca al segundo tipo de pecado, el marxismo se fija sobre todo en la injusticia que se hace al prójimo, pero no tanto en la injusticia individual, sino en la injusticia colectiva. Naturalmente el marxista cree que tiene obligaciones de justicia concretas con los individuos, pero su mayor obligación es la de formar una "colectividad" justa. De ahí que el pecado de injusticia por excelencia, lo que en el marxismo es un "pecado original", es la propiedad privada.

No se trata aquí de juzgar a la postura marxista sobre la propiedad privada, sino de reflexionar en el hecho de que Marx pone como fundamento de los desórdenes sociales, no un pecado individual, sino una "realidad pecaminosa social", un "pecado colectivo".

El marxismo nos acusa a los cristianos de culpa colectiva...

Si el marxismo no nos dice nada al hablar del pecado como ofensa de Dios, sí nos puede dar luz sobre lo que he llamado "pecado colectivo".

De hecho nos está desafiando a que pongamos en práctica una

verdad olvidada. Olvidada, pero no ausente del cristianismo, pues ya en el pecado de Caín aparece la pregunta de Dios a Caín: "¿Dónde está tu hermano?". Y Caín contesta: "No sé, ¿soy acaso guardián de mi hermano?". Y Dios maldijo a Caín.

Esta es una disculpa muy oída. No es raro encontrar entre nosotros cristianos que fundamentalmente cumplen con sus "obligaciones con Dios" y con "el prójimo", por lo menos en cuanto el prójimo es un individuo concreto.

Lo que se nos escapa muchas veces, y aun con relativa buena fe, es la cooperación nuestra al pecado colectivo, al pecado de la ciudad, que cristaliza en una sociedad activamente injusta.

Sobre todo se nos escapa a nosotros, cristianos, la cooperación negativa al pecado colectivo. Es cierto que en todos los manuales de moral se habla del "pecado de omisión", es decir de la negligencia en hacer lo que debíamos hacer. Pero, ¿lo hemos tomado en serio?

Cuando el marxismo usa sus slogans contra el "capitalismo" en parte está haciendo política, y en eso no se distingue de cualquier "slogan" político. Pero está denunciando, aunque lo haga por motivos aparentemente distintos a los que tendría un cristiano, un "pecado colectivo". No creo que un marxista inteligente esté condenando a cada uno de los ciudadanos que viven en una sociedad "capitalista"; lo que condena es la "situación injusta" como tal, e indirectamente a los individuos que con su palabra o su silencio la mantienen. Y esta condena sí que la tiene que oír el cristianismo. No porque venga del marxismo, que naturalmente tampoco tiene las manos limpias, sino porque es una condena justa.

Al que crea que exagero quisiera recordarle brevemente una serie de hechos acaecidos últimamente. El Papa Juan XXIII pide públicamente perdón al empezar el Concilio. Paulo VI pide perdón por la culpa de los cristianos en la separación de cuatro siglos con

los protestantes. El Concilio en su "Constitución sobre la Iglesia en el Mundo" dice que los cristianos tampoco están exentos de culpa en el ateísmo del mundo de hoy.

Sobre problemas sociales no creo que haga falta comentar mucho. Baste recordar los documentos recientes del P. Arrupe a los jesuitas de América Latina y de los Estados Unidos. Todas estas son "culpas colectivas", son situaciones que hemos creado los cristianos. No se puede decir cuánta culpa le corresponde a cada uno, pero en conjunto somos culpables de un estado de cosas.

...pero no ofrece una solución mejor.

El marxismo no es la solución al pecado colectivo, pues tampoco él está impotente, pero de hecho ha levantado la voz y ha condenado algunas situaciones sociales con tanta fuerza que no tenemos más remedio que oírlas. Claro que un cristiano no tiene por qué ir al marxismo a qir estas críticas. Cualquiera que haya leído los profetas de Israel verá con qué ardor y sinceridad denuncian el pecado colectivo, el pecado de grupos: de reyes, de sacerdotes, de levitas, o de todo el pueblo.

Y una prueba gráfica de lo difícil que era entonces, como hoy, predicar eficazmente contra el pecado colectivo es ver la resistencia que ponían los profetas a ser enviados por Dios, y la vida de sufrimiento que por definición le tocaba al profeta.

Los judíos del tiempo de los profetas vivían satisfechos porque cumplían la ley. Pero Dios les recordaba por los profetas que se puede aparentemente cumplir las prescripciones de la ley y cooperar al mismo tiempo a un estado de cosas pecaminoso. Y como el centro de la moral predicada por los profetas de Israel es sin duda la fidelidad a Jahvé, al Dios que libremente les reveló su nombre y les eligió como pueblo suyo, por eso el pecado fundamental de ese pueblo era el abandonar a Jahvé, el convertirse en "esposa

infiel", en frase del profeta Oseas, en cavarse cisternas agrietadas dejando escapar al Dios, fuente de aguas vivas, como dice Jeremías.

Pero con igual fuerza, con la misma intuición con que el Nuevo Testamento predica la unión del amor a Dios y al prójimo, predicaban los profetas el pecado de la injusticia, y sobre todo de la injusticia colectiva. Ello denunciaron el sofisma de querer "filtrar el mosquito del pecado individual, dejando pasar el camello del pecado colectivo".

Repite que el marxismo no es la solución al pecado colectivo, ni da una explicación completa de este lado oscuro del hombre. Pero como decíamos al principio, algo ha tenido que decir para que haya calado hondo en el alma de muchos hombres. Y este algo es para mí el haber recalado esta dimensión del pecado que no es ciertamente la única, pero que sí está íntimamente unida con su esencia: la dimensión colectiva.

Por ser el pecado el lado oscuro del hombre hay algo que siempre se nos escapa, que no podemos controlar nunca, que nunca podemos aclarar. Por eso es impresionante la enigmática oración del salmo: "Del pecado oculto, librame, Señor".

Ninguno de nosotros sabemos exactamente cuál es ese pecado oculto que se esconde en el fondo de nuestra existencia, el que sólo Dios ve, y el que sólo Dios perdona en el misterio de su misericordia. Pero hoy en día, parte de ese pecado oculto por lo menos está saliendo a luz. Los cristianos en general lo hemos tenido olvidado, pero ahora aparece con más claridad, de modo que ahora podemos y debemos hacer algo más que pedir la misericordia de Dios.

Parte de ese pecado oculto es sin duda alguna "nuestra" falta de fe, que no permite ser "signos de Dios" en un mundo que no cree; "nuestra" falta de comprensión y caridad para con los cristianos de otras creencias, que sigue fomentando el escándalo de la desunión; "nuestra" falta de

responsabilidad, que hace mantener estructuras sociales injustas.

La rutina de la vida diaria pude llegar a cubrir de polvo esta parte de nuestra conciencia colectiva. El concilio, cristianamente y el marxismo, trágicamente, entre otras influencias, ha ayudado a quitar ese polvo.

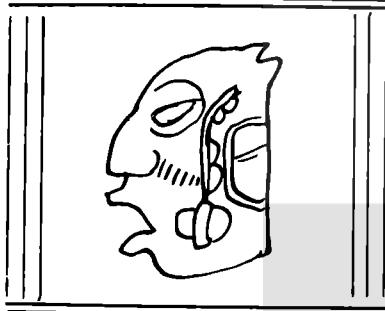
Conclusión.

En estas breves líneas he tratado de mostrar por qué el marxismo ha arraigado en la Historia. El marxismo en medio de errores radicales, de métodos de actuar muchas veces inaceptables, ha dicho algo verdadero: fundamentalmente ha dicho que hay que tomar en serio y además que se puede pecar y se ha pecado contra el hombre. Para un cristiano esto no es nada nuevo, pues lo da por descontado. Por eso es quizás el cristiano, mejor que nadie, quien puede caer en la cuenta de las intuiciones parciales, pero verdaderas del marxismo.

Por razones de simplificación he juntado en dos polos lo que el marxismo dice a la humanidad. Cuando el cristiano traduce esas exigencias del marxismo a un lenguaje cristiano, cuando las depura de lo que para un cristiano es error manifiesto, cuando las asimila, el cristiano puede oír que el marxismo está diciendo "algo" sobre estas dos cosas: que el hombre es imagen de Dios, y que hay un pecado colectivo. Y para no caer en el espiritualismo, recordemos que, ya hemos visto, no se puede mirar a Dios y al pecado, sin mirar al mismo tiempo al hombre.

Quizás en el tono de este artículo pueda parecer que se condiscide con el marxismo, que se le concede un valor que se le habría de negar de antemano. Esta sería una actitud poco cristiana, y no sólo en el sentido de "poco caritativa", sino en el sentido de no haber comprendido que el cristianismo es una religión paradójica, pues por una parte juzga a la Historia, y por otra parte vive en la Historia.

La Historia ha tenido un punto culminante en la revelación de Jesucristo, y El es el juez de la historia. Pero los cristianos, que somos el Cuerpo de ese Cristo, somos también pueblo de Dios que peregrina hacia Dios, y esa peregrinación la hacemos dentro de la Historia. Por eso tenemos que oír, a partir de Cristo, sí, pero tenemos que oír a la Historia, y nosotros en concreto a la Historia del siglo XX.



Por último, una breve reflexión. Quizás puede parecer un "lujo intelectual" hablar del marxismo en el tono de este artículo, cuando sobre todo en América Latina, lo que se ve y se palpa no son las ideas últimas del marxismo, sino la lucha de guerrillas, los planes de reforma agraria, las luchas por dominar la educación y los sindicatos, etc.

Las ideas generales no van ciertamente a implantar el marxismo o a hacerlo desaparecer. Pero sigue siendo cierto que lo mismo el que lucha por, o el que lucha contra el marxismo, en la medida en que es honrado y sincero, está luchando motivado por una comprensión del hombre, aunque él no sea quizás capaz de ponerlo en palabras y conceptos.

Además un cristiano debería pensar que si es básicamente cierto lo expuesto más arriba sobre las verdades parciales del marxismo, el cristianismo no lo

va a hacer desaparecer meramente proponiendo un mejor programa de reforma agraria, sino viviendo en la plenitud del cristianismo los gérmenes de verdad en que se basa el marxismo.

Entonces la luz, mezclada de oscuridad, que irradia el marxismo, se disolverá por sí sola en la luz más potente y definitiva del cristianismo.

Juan Sobrino.

EL PROGRESO

Taller de mecánica fina
de AGUSTIN MAYEN.
Costado Sur del Garage Mundial

Teléfono 21-5714, San Salvador.

Reparación máquinas de escribir
calculadoras y especialidad
en Cajas Fuertes.

